

Decía **Federico García Lorca** que “poesía es la unión de dos palabras que uno nunca supuso que pudieran juntarse, y que forman algo así como un misterio”.

Ese proceso del encuentro entre dos cosas que caminan en paralelo a lo largo de la vida es lo que le sucedió a **Vicente Ballesteros**, un hombre criado en la labranza de Membrilla, para el que la poesía era una simple forma de escribir que sonaba a música sin serlo.

Los versos estaban ahí, esperando, agazapados tras los aperos para dejar que la magia surgiese sola, con el paso de los años, cociéndose a fuego lento en la conciencia de un autor que ya lo era sin necesidad de haber juntado más de un par de estrofas sueltas.

La infancia de Vicente, como la de tantos niños de la postguerra española, voló alentada por las prisas impuestas de las estrecheces, que hicieron que fuesen adultos cuando en la boca todavía estaban mudando los dientes de leche. Recuerda el poeta membrillano su paso por el colegio para **Lanza**. “Éramos unos críos cuando tuvimos que dejar la escuela”. “Aprendimos lo básico; y a veces, incluso, más de lo que aspirábamos saber”. De su generación, calcula, “de unos ochenta niños, porque niñas no había, tal vez llegaron a estudiar uno o dos como mucho”.

Entonces, explica, “todas las asignaturas se resolvían con un solo libro”; y pese a ese conocimiento condensado en un tomo “a veces ni siquiera podíamos comprarlo y tocaba compartir pupitre con el compañero”, que fue lo que le sucedió a él mismo en su último año de escuela cuando apenas sumaba los diez años.

Las familias crecían y las necesidades aumentaban. Cuando eran todavía unos niños que aspiran a desconcharse las rodillas y a lanzar piedras contra el aburrimiento, la vida les robó la infancia. A un lado quedó la **Enciclopedia Álvarez** y el pequeño macuto del colegio con los sueños abolidos, para dar paso a los trastos de la siega y a la nueva vida teñida de campo y sudor de jornadas interminables. Había poco tiempo para leer y menos posibilidades de comprar novelas; sin embargo, rememora “me gustaba leer los tebeos de la época y novelas del oeste”; quizás, porque aquellas páginas de novelillas por entregas desgastadas por los usos, eran el único nexo de unión con la juventud que no pudo disfrutar.

La dureza del trabajo en el campo, impedía la lectura reposada. “Cuando llegaba del campo no había tiempo para leer y tampoco me quedaban ganas”. Pese a la dureza de su oficio, Ballesteros cuenta que ha sido “muy feliz haciéndolo”. Por eso no renunció a él hasta alcanzar la jubilación, momento en el que descubrió su vocación de lector empedernido y escritor en ciernes.

A veces los sueños llegan a deshora, pero dejan el regusto de quien ha vivido en ellos toda su vida.

Sobre Ballesteros fueron posándose las historias



que iba descubriendo en los clubes de lectura que empezó a frecuentar como alivio a las horas de la jubilación.

A base de páginas que volaban fueron surgiendo las primeras líneas improvisadas, a las que siguieron las invitaciones para escribir en los boletines de fiestas de su Membrilla natal. “A lo largo de estos años he escrito de todo. Cada vez que se aproximaba un acontecimiento, siempre he terminado por escribir alguna cosita que se ha publicado y que han tenido muy buena aceptación”.

En todas ellas estaba el alma de una persona que aprendió a transmitir lo vivido intercalando la prosa con la poesía de la que dice “es más difícil escribir”. Al comentar la dificultad de la rima, sonríe dejando en su mirada de azul intenso el reflejo del niño pillo que no pudo ser a punto de confesar una diablura. “Personalmente me gusta el ritmo y la musicalidad de la rima, aunque a veces tengo que meter algún comodín para que quede bien”.

Pese a las palabras que a veces entran a calzador para conseguir la rima consonante en los versos pares, detrás está la poesía de las cosas. Porque la poesía está en todo, en un raquetazo ganador de **Rafa Nadal**, en el sonido de las olas, en los primeros cantos de las golondrinas anunciando el verano, en el olor a tierra mojada, en un silencio tan intenso que se escucha, o tal vez en la muerte de **Don Quijote**, que fue la que inspiró en el membrillato los primeros versos de “La poesía de los libros”.

“Después de leer “Al morir Don Quijote” de **Andrés Trapiello**, escribí un soneto que compartí con mis compañeros de lectura del club **Mejorquele@s** de la Biblioteca Pública de Ciudad Real y gustó. Decidí entonces ir sumando poemas sobre los libros que iba leyendo y un día, **Eduardo Vozmediano**, coor-

dinador del club, se le ocurrió la idea de hacer este libro... y aquí estamos”.

Y ése “estamos”, se refiere a él, a su familia que lo acompaña, a su libro “La poesía de los libros”, que le ha servido este mes de junio para abrir el primer día de la Feria del Libro de Puertollano, acompañado de las autoridades locales y decenas de amigos que han querido estar en este momento tan especial para él, que se suma ya a la larga lista de éxitos cosechados en la última década que lo han situado como uno de los poetas más referenciados de la provincia de **Ciudad Real**.

La clave está en lo que él explica como si nada: “Escribo para pasármelo bien. Me entretiene y disfruto haciéndolo”.

Es posible que siendo niño nunca se hubiese imaginado escribiendo libros de poesía, vestido con una americana impoluta en su primera visita a **Puertollano**, ni explicándole a sus nietos que él era escritor. “La familia está encantada y me apoyan mucho para que siga escribiendo”.

A medida que caminamos, Vicente observa todo lo que lo rodea, impregnándose de cada paso, disfrutando de los instantes que aspiran con hacerse eternos en la memoria. Es posible, que con su necesidad de contar al mundo y su vitalidad, el próximo día que visite el club de lectura pegue un brinco sobre la mesa más cercana para emular aquella escena de “**El club de los poetas muertos**” en la que decía:

“Me he subido a mi mesa para recordar que hay que mirar las cosas de un modo diferente. El mundo se ve distinto desde aquí arriba. Si no me creen, vengán a comprobarlo”, aunque en realidad, el mundo se ve distinto desde la mirada de un hombre como **Vicente Ballesteros**, nacido para contar el mundo con su poesía.